

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

SERMON de la Ascension de N. S. Jesucristo.

Et cernentibus illis elevatus est

ACT., CAP. 4.

Y viéndolo ellos, se elevó.

Al contemplar el glorioso espectáculo que se ofrece á nuestras miradas; cuando con vista despejada, con el ojo limpio de la fé, y libre el corazon del yugo de las pasiones; se mira ese misterio sublime, ese acontecimiento gloriosísimo, esa Ascension imponente, magestuosa del Redentor del mundo y su entrada triunfal en el reino de los cielos, el corazon se llena de gozo y siéntese en el fondo del alma una satisfaccion dulcísima, un placer inefable, y una gratitud indescriptible por la elevacion de nuestra naturaleza, por la dignidad á que somos llamados en Jesucristo, y

por el glorioso destino que señala á cada hombre en lo mas alto de los cielos. La Ascension de Jesucristo es nuestra glorificacion, su triunfo es nuestro triunfo y su gloria nuestra gloria. Si el mundo no padeciera de ceguedad lastimosa que se va haciendo incurable, buscaria el remedio á sus gravísimas dolencias, en las medicinas de la redencion, en estas verdades sublimes, eternas y consoladoras, explicadas y aplicadas por la Iglesia católica, maestra del mundo, verdadera arca de salvacion fuera de la cual es forzoso que perezcan las almas y naufrague la sociedad en medio de este furioso oleage de errores y pasiones. El mundo ha sido engañado: la sociedad ha sido víctima de la mentira. Oscuros histriones, sofistas sin pudor, desvergonzados profetas ofrecie-

ron grandezas, y dieron envilecimiento, prometieron goces y dieron tormentos, anunciaron toda clase de venturas, y trageron sobre la sociedad todo linage de miserias y pesadumbres. Si el hombre ha de ser grande con verdadera grandeza; si ha de ser feliz con dichas verdaderas; si el mundo, si la sociedad, si las naciones, si los pueblos han de verse libres de los males presentes, que son muy grandes, y de los futuros, que pueden ser mayores, es indispensable, de todo punto necesario restablecer el imperio de las doctrinas cristianas en la conciencia del hombre y en el gobierno de la sociedad.

El misterio que celebramos, descubre á nuestras miradas un mundo de verdades salvadoras. Es Jesucristo glorioso y triunfante que despues de sembrar en el campo del mundo la divina semilla de su maravillosa doctrina, despues de clavar en la cruz el error y el pecado; despues de enarbolar en la cumbre del Calvario, teñida con su propia sangre, la bandera de la redencion universal; despues de allanar, sembrándolos de resplandores, los únicos caminos que llevan á la felicidad, sube radiante de gloria á los cielos, y nos muestra el lugar de nuestro eterno desti-

no, la pátria de las verdaderas alegrías, el gloriosísimo reino del cielo donde quiere hacernos grandes y verdaderamente felices. Conviene, pues, decir al mundo donde está su verdadera felicidad y cuales son los caminos que á ella conducen; y yo voy á publicarlo con la grande enseñanza y á la luz del sublime misterio que celebramos.

Todos deseamos ser felices; hemos nacido con ese deseo, y nuestro corazón estará siempre inquieto hasta que vea logrado su ardiente anhelo, y apagada su sed de felicidad. Pero ¿dónde está el lugar de la dicha verdadera? Viajeros del tiempo ¿dónde encontraremos el término de tantas fatigas y quebrantos? Condenados á vivir en este destierro ¿cuándo y por qué caminos podremos arribar á nuestra Pátria? Hé aquí unos problemas cuya solución entraña la vida ó la muerte, el tiempo y la eternidad. Yo afirmo sin temor de equivocarme que el mundo sufre quebrantos y amarguras por haber equivocado el camino de la felicidad. El corazón humano va buscando inquieto, anhelante, desalado la satisfaccion de esas aspiraciones vivisimas al engrandecimiento, al goce, á la bienaventuranza que lleva como escul-

pidas en el fondo de su naturaleza; aspiraciones levantadas, sublimes, nobilísimas que la Religión ha fomentado, y desarrollado, dándonos á conocer la grandeza de nuestra alma, los blasones de nuestro origen, los títulos de nuestra realeza y la inmortalidad de nuestros gloriosos destinos. En todas partes y del fondo de todos los corazones se levanta una voz que clama en medio de este desierto: ¿Dónde está el lugar de la dicha y la fuente de la felicidad? Seis mil años há que la razón humana anda de una parte á otra en busca de la verdad y esta es la hora en que no sabe ni ha descubierto la respuesta á las preguntas de la humanidad, ni la solución al problema de su destino. Y pluguiera al Señor que confesara paladinamente sus cortos alcances y manifestara francamente su impotencia para encontrar el manantial de la dicha y el suspirado objeto de la verdadera felicidad. Pero ¿que sucede? ¿qué oímos? ¿qué vemos en torno nuestro, lejos de nosotros y en todos los puntos del mundo, donde han levantado cátedras y tribunas los maestros de la civilización moderna? Sucede que arrebatados por un orgullo satánico se presentan á los pueblos engalanados con el precioso nom-

bre de maestros y regeneradores del mundo, y predicando doctrinas absurdas, utopías disolventes, sofismas audaces, máximas envenenadas, cuyos frutos estamos tocando, á saber; la degradación y envejecimiento de la dignidad humana, el desbordamiento de todas las concupiscencias, y la muerte de todas las virtudes domésticas y sociales. Falsos profetas interesados en acreditar mentiras pavorosas, digeron al mundo que ellos poseían el misterio del destino y el secreto de la felicidad, y el mundo puso atento oído á las sugerencias de las modernas serpientes; predicaron que ellos habían encontrado la ciencia del bien y del mal en cuya virtud levantarían los goces á la altura de las concupiscencias, y que la tierra malamente llamada valle de lágrimas y miserias, convertiríase, por la mágica ciencia de estos nuevos taumaturgos, en un paraíso de goces y alegrías. ¿Y qué ha sucedido? ¡Ah! Callaré yo y que hable la experiencia; maestro que sabe mucho, que enseña grandes verdades si no hiciera pagar tan caras sus lecciones. Y la experiencia nos enseña con elocuencia desgarradora que donde ellos anunciaron verdades, no hubo mas que errores y tinieblas; donde ofrecieron de-

rechos, elevacion, y grandeza, no encontró el hombre, mas que envilecimiento y esclavitud; donde ofrecieron goces y bienandanzas no hemos visto otra cosa que miserias, pesadumbres y desventuras. Negaron las revelaciones de la fé, y cayeron en los delirios de la razon emancipada; despreciaron los caminos de Dios que son rectos como la verdad, y accesibles como la misericordia, y marcharon por senderos oscuros y tortuosos que llevan á la muerte; negaron el dogma del cielo, la dulce esperanza de sus eternas recompensas, y convirtieron á la sociedad en una imágen del infierno. ¿Dónde está, pues, esa felicidad que buscamos con tanto ardor, que nuestro corazon presente y no puede encontrar en la tierra? Nadie lo sabe sino el Hijo de Dios, y aquellos á quienes ha comunicado sus revelaciones. Levantad la vista, mirad á Jesucristo envuelto en un manto de gloria, elevándose por los aires y penetrando hasta el trono de la Divinidad. Va á tomar posesion del trono que ha conquistado con su muerte de Cruz; va á franquearnos las puertas del paraiso; va á prepararnos un lugar en aquella mansion de inefables delicias. *Vado parare vobis locum.* Allí está la verdadera felicidad,

allí donde está Cristo glorificado á la diestra de Dios Padre. Allí está el objeto infinito de nuestro entendimiento y el bien adecuado de nuestra voluntad. Allí está el divino manantial donde apagaremos la sed de saber y el ánsia de gozar; ¡Oh! ¡quién me dierra las alas de la paloma para volar hasta el seno de Dios y yo seria feliz en la posesion de su reino y en la vision de su grandeza! Porque yo se que allí brillarán los justos como el sol en perpétuas eternidades y no habrá extranjeros ni peregrinos, sino ciudadanos de los Santos y domésticos de Dios (1), el pueblo de los redimidos, la nacion santificada, viviendo como dijo Isaias, en la abundancia de la paz, en condicion opulenta, en eterno descanso, en los tabernáculos de la confianza. *Sedebit populus in multitudine pacis, in requie opulenta, et in tabernaculis fiducie* (2). ¡Feliz sociedad la de los ciudadanos del cielo, exclama San Agustin en sus soliloquios! Allí tendrán todos los bienes sin mezcla de mal alguno; alegría sin tristeza, descanso sin trabajo, abundancia sin defecion, dignidad sin temor, riquezas sin turbacion, salud sin

1 Ad Ephes., cap. II.

2 Isaias, XXXII.

dolor, luz sin tinieblas, felicidad sin calamidad; vida sin muerte, perpetuidad sin corrupción, una juventud eterna, una vida sin término, un amor que jamás se enfria, una fraternidad que nunca se quebranta, una hermosura que no palidece y una primavera que siempre dura; un sol que no tiene ocaso, un gozo que nunca decrece y tanta dicha, y tan inefables delicias y tantas magnificencias que ningún oído escuchó jamás cosas tan grandes, ningún ojo vió cosas semejantes, ni el entendimiento humano puede comprenderlas ni el habla del hombre puede expresarlas. ¡Oh! ¡Quién me diera la ligereza del ciervo para llegar en breve término á la eterna fuente de aguas vivas! ¡Quién me librará de la cárcel de este cuerpo terreno y pesado, para que mi alma pueda contemplar la hermosura de la Ciudad de Dios! Yo seré dichoso, dice Tobias, si llego á ver la claridad y belleza de la Jerusalem celestial, aquellos muros de jaspe, aquellos cimientos de piedras preciosas, aquellas puertas de záfiro, de margaritas y esmeraldas, aquellos alcázares de oro bruñido, aquellas bellezas indescriptibles, aquella paz y aquella armonía y aquellos cánticos.... Señor, decía David, ¡cuán ama-

bles son tus tabernáculos! Yo quisiera ser el último en la casa de mi Dios, mejor que habitar en los tabernáculos de los pecadores. Una sola cosa pediré á Dios, y no sabré pedir otra; que llegué yo á habitar en la casa de mi Dios por toda la eternidad.

Unam peti á Domino, hanc requiram; ut inhabitem in domo Domini omnibus diebus vite mee (1).

De misterio de la Ascension ha brotado como de un foco de resplandores la luz que ilumina el misterio del destino y el secreto del porvenir. Es Jesucristo el jefe del género humano redimido, la cabeza de la humanidad regenerado como es su tipo y su modelo; y donde Él está triunfante, vencedor y glorioso, allí quiete que estén sus amigos y servidores. *Ut ubi ego sum illic sit et minister meus*. Ya se yo que no basta decir al mudo dónde está la felicidad eterna; ya un vosotros mismos que lo sabéis por dicha vuestra, gracias á las revelaciones de la fé, esperábais de mí la revelación de un secreto que nadie puede saber fuera de la escuela cristiana. El secreto de la felicidad temporal, la manera de alcanzar un puesto distinguido en el banquete de la vida, ser y tener, su-

bir y ascender, gozar y aumentar los goces, hacer de la tierra un paraíso y de la vida fiesta continua, hé aquí lo que se busca, lo que se desea con ardor, lo que arrebatara los corazones y el blanco á donde se dirigen todos los esfuerzos de la actividad humana. Pero ¿qué sucede? ¿qué caminos se eligen? ¿Qué medios se emplean para el logro de la dicha, para alcanzar las comodidades y placeres de esta vida? Acontece que el mundo cada día está peor, que á pesar de los pasmosos adelantos de los tiempos presentes, la miseria va tomando proporciones horribles, y el pauperismo, llaga social desconocida de nuestros padres, y la cuestión de *subsistencias* como hoy se llama, es asunto de tal gravedad que constituye uno de los peligros sociales más temerosos entre los mil que amenazan en este momento la vida de las naciones civilizadas. ¿Cómo se explica esto? En medio de tan asombroso desarrollo de las artes, de la industria, del comercio, de la agricultura; en medio de este progreso material que todos admiramos, ¿cómo se explica ese descontento general y esa general indigencia que vemos en el mundo? En medio de tanta opulencia, ¿cómo se explica tanta pobreza? ¡Ah! no

hay en la sabiduría humana explicación satisfactoria para los problemas de la vida ni remedio eficaz para curar estas llagas sociales. El evangelio y sólo el evangelio explicado y aplicado por la Iglesia católica; Jesucristo y sólo Jesucristo es la solución de todos los problemas, la luz que disipa todas las oscuridades, la medicina que cura todas las dolencias, el camino por donde los pueblos lo mismo que las almas ascienden de virtud en virtud, de prosperidad en prosperidad al término de sus aspiraciones, á la cumbre de su perfeccionamiento, á la posesión de bienes que satisfacen al deseo, y llenan los corazones. El secreto de la felicidad, la llave de oro que puede franquearnos la entrada en el paraíso de los verdaderos y legítimos goces del tiempo y de la eternidad se encuentra en estas palabras sublimes de Jesucristo: *Buscad primero el reino de Dios, y todo lo demás se os dará por añadidura.* Que reine Dios en todas las almas por la gracia santificante, que el amor de Dios abrase los corazones; que todos los hombres cumplan sus leyes, y el problema de la felicidad recibirá solución satisfactoria para todos. Reinará la caridad en el corazón de los ricos, y los pobres tendrán

pan, los débiles apoyos, los afligidos consuelo, los enfermos medicina, socorro y alivio todas las necesidades, todos los desmayos, todos los dolores que afligen á la humanidad desvalida. Que reine la caridad en los pobres; que amen á Dios los menesterosos y necesitados, que tengan fé y esperanza en el Dios de los pobres; que amen de corazón á Jesucristo, muerto para nuestra redención, resucitado para nuestra justificación, triunfante hoy, de la muerte y del infierno, para darnos mañana un asiento, un trono en el reino de su gloria, y los ricos tendrán paz, gozarán tranquilamente de sus riquezas, y se labrarán con sus bondades y larguezas espléndida corona de honor y de gloria que nadie podrá arrebatarnos.

Buscad, hermanos míos, el reino de Dios y su justicia, á saber; buscad la gracia que sana, que limpia y santifica, en las fuentes sagradas de la Penitencia y de la Comunión; formad del consuelo y de la aflicción, de la pobreza y de la riqueza, de la escasez y de la abundancia la escala dorada que os servirá para subir: de deseo en deseo, de virtud en virtud hasta la cumbre de la gloria, Amen.

Un concierto improvisado.

(Conclusion.)

Se trata de alcanzar el premio de honor, ¡Adelante Adolfo! empieza con tu composición de concurso, para atraer al público.

Bajo los dedos ejercitados del joven, el violín del pobre resonó alegremente, y el *Carnaval de Venecia* brilló como nunca había brillado en el mejor salón de concierto: todas las ventanas se abrieron, los transeuntes formaron un círculo que iba cada vez en aumento, y al terminar se oyó una salva de aplausos, y muchas monedas blancas cayeron en el sombrero del anciano, colocado de una manera significativa, muy en evidencia, bajo el rebervero.

Después de una breve pausa, el violín preludió un acompañamiento.

—Ahora tú, Gustavo, dijo Carlos.

El joven á quien este se dirigía cantó la balada «*Venid, gentil señora...*» con una voz de tenor dulce, vibrante, soberbia. El público encantado gritaba con entusiasmo: ¡bis! ¡bis! ¡bis! y la colecta aumentaba y la multitud era cada vez mas compacta. Ante aquel éxito y aquellos resultados, el iniciador del pensamiento añadió: Vamos, para concluir, el terceto de *Guillermo Tell*.... Adolfo, acompañanos y abusa á la vez de tus notas bajas, mientras yo con mi voz de carraca haré de barítono; tú, Gustavo, mi bello tenor, algunas de tus mejores notas, y las alondras van á caer asadas del cielo.

El terceto comenzó... El anciano, que había permanecido inmóvil hasta enton-

ces, no atreviéndose á dar crédito á sus ojos ni á sus oídos temeroso de ser juguete de un sueño, se enderezó con el rostro transfigurado, y cogiendo su bastón, comenzó á marcar el compás con tanta maestría, que bajo su dirección los jóvenes electrizaron, arrebataron á la multitud, la cual no les regateó en verdad sus aplausos ni su dinero. Este bajaba de las ventanas como salía de los bolsillos, y Carlos se vió muy apurado para recoger las monedas que caían fuera del sombrero.

Terminado el concierto, la multitud se dispersó lentamente: todos hubieran deseado una segunda parte.

Los jóvenes se acercaron al anciano, á quien la emoción sofocaba!... Vuestros nombres! murmuraba el pobre hombre... ¡vuestros nombres, para que mi hija los repita en sus oraciones!

—El primero dijo: Yo me llamo la Fé!

—Yo, la Esperanza! añadió el segundo.

—Entonces yo soy la Caridad! dijo el último, entregando al anciano su sombrero, que apenas podía contener el producto de la cüestacion.

—¡Ah, señores!... señores!... exclamó éste, sabed al menos á quien acabais de favorecer tan generosamente... Yo me llamo Chappner, soy alsaciano... durante diez años he sido director de orquesta! en Strasbourg; allí he tenido el honor de poner en escena el *Guillermo Tell*, ¡Ay de mí! desde que salí de mi país, la desgracia, la enfermedad y la miseria me han perseguido! ¡Vosotros acabais de salvarme la vida!

—Gracias á este dinero podré volver á

Strasbourg, donde tengo algunos amigos que me ayudarán. El aire natal volverá la salud á mi hija... Dios bendecirá los talentos que habeis puesto tan sencilla y tan notablemente al servicio de mi miseria; yo os lo aseguro y os lo predigo: ¡seréis grandes entre los grandes!

Así sea, respondieron conmovidos los tres amigos. Despues cogiéndose del brazo prosiguieron alegres y satisfechos su camino.

¡Nobles corazones! Tal vez no se acuerdan ya de aquel concierto improvisado!

Pero si sois curioso lector, si deseais saber come se ha cumplido la prediccion del anciano Chappner, yo puedo, aunque cometiendo una indiscrecion, revelaros los nombres de aquellos tres alumnos del Conservatorio... cuya modestia se resentirá ciertamente... y bien... qué hacerle?

¿Quién sabe además si estas líneas serán leídas por la hija del viejo alsaciano? ¿Quién sabe si conocerá únicamente por ellas los nombres de aquellos á quienes su padre debió quizá la vida?

Oidlos pues:

El tenor se llamaba Gustavo Roger.

El violinista, Adolfo Hermann.

El postulante, Carlos Jounod.

H. Lafontaine.

